NOTAS

IGNACIO RAMÍREZ O EL AMOR /
ODIO ROMÁNTICO A
LA AUTORIDAD

Andreas Kurz*

RESUMEN: Ignacio Ramírez, *el Nigromante*, es una *rara avis* en el México decimonónico: ateo y materialista radical, contestatario por naturaleza, individualista; su pensamiento es peligroso: hay que neutralizarlo. Por otro lado, su confianza en ciertos “hombres fuertes” y su conservadurismo literario resultan contradictorios; el autor propone entender esto debido al carácter *romántico* del pensamiento de Ramírez.

PALABRAS CLAVE: Ignacio Ramírez, *el Nigromante*, romanticismo, autoridad, ateísmo.

ABSTRACT: Ignacio Ramírez, *el Nigromante* or *Necromancer*, in nineteenth century Mexico, is a *rara avis* (an exceptional person): atheist and radical materialist, non-conformist by nature, and individualist. His ideas are dangerous and must be neutralized. In sharp contrast, his confidence in “strong men” and his literary conservatism are contradictory. The author attributes the latter to the romantic nature of Ramírez’s thought.

KEYWORDS: Ignacio Ramírez, *el Nigromante* (*Necromancer*), romanticism, authority, atheism.

IGNACIO RAMÍREZ O EL AMOR / ODIO ROMÁNTICO A LA AUTORIDAD

138

En el México decimonónico hay pocos pensadores liberales que se distancian claramente de la fe religiosa. De la necesidad de creer e implorar a Dios ni siquiera Benito Juárez escapa. El presidente antepone a su *Manifiesto justificativo de los castigos nacionales en Querétaro* las siguientes palabras: “Caiga el pueblo mexicano de rodillas ante Dios, que se ha dignado coronar nuestras armas con triunfo. // Gracias a su divina voluntad, nos ha sido concedido recuperar el tesoro inestimable de nuestra independencia. // Ha afligido al extranjero que nos oprimía y ultrajaba lleno de soberbia. // Ha afirmado en su santo lugar a éste, su pueblo”.¹ No se trata

sólo de la retórica triunfalista de un jefe de Estado que acaba de ganar una guerra y presenta a su nación como el pueblo favorecido por Dios; se trata también de una catarsis auténtica, basada en una fe religiosa inquebrantable, en medio de circunstancias adversas: México venció porque Dios así lo quería, porque los mexicanos siguen creyendo en él. En esta constelación, las formas visibles de la fe son secundarias, ella misma surge como uno de los ingredientes más característicos del ser de la nueva nación.

Posiblemente Ignacio Ramírez sea la excepción a la regla. *El Nigromante* propaga abiertamente su ateísmo, con el que no sólo provoca a los conservadores, sino también a

¹ Benito Juárez, *Manifiesto justificativo de los castigos nacionales en Querétaro*, 2010, México, H. Cámara de Diputados, LXI Legislatura, p. 31.

sus correligionarios liberales. En “El año nuevo”, poema de 1874, Ramírez expresa claramente su convicción atea:

Y esto, existencia se llama?
Roto, empañado cristal,
Que fué espejo, manantial
Que en la arena se derrama;
Fuego que humea sin llama;
¡Cómo mi polvo no alfombra
La sepultura, me asombra!
Pero no opondré á la suerte
El escudo de la muerte;
Para qué? Soy una sombra.²

El materialismo del poema es patente. El alma es una sombra que con mi cuerpo desaparecerá: la religión, la fe y el espiritualismo no tienen cabida en el pensamiento de Ramírez. De manera metódica, estas convicciones se expresan en “Espiritismo y materialismo”, un discurso de 1875. El Nigromante descalifica el cristianismo como falso y a-histórico; al mismo tiempo extiende esta crítica a cualquier religión y sistema metafísico:

Toda religión, históricamente considerada, es falsa, porque refiere hechos increíbles; porque lo increíble para hacerse creíble necesita no solamente pruebas concluyentes, sino además, que el hecho no pueda explicarse por las leyes comunes de la naturaleza; y porque en lo increíble

basta que las pruebas sean dudosas para que no sean pruebas.³

Incluso Manuel Acuña, 30 años menor que el Nigromante y educado en la tradición liberal, se aferra a cierta esperanza metafísica, especula con la posibilidad de la metempsicosis: la materia sólo aparentemente muere, en realidad se transforma. Su famoso poema “Ante un cadáver” (1872) termina con una estrofa hasta cierto punto alentadora:

Que al fin de esta existencia transitoria
Á la que tanto nuestro afán se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de formas; pero nunca muere.⁴

Su ateísmo y materialismo marginan el pensamiento de Ramírez, en medio de las luchas por la independencia política e idiosincrásica de México. Los protagonistas liberales del conflicto suelen oponerse a la institución eclesiástica, pero no a las necesidades espirituales de la población. Para la gran mayoría de los padres de la patria, el ateísmo sigue siendo un tabú: del valor ontológico de una fe no se duda.

El carácter excepcional de la figura de Ignacio Ramírez justifica este ensayo sobre los rasgos románticos

³ Ramírez, “Espiritismo y materialismo”, *op. cit.*, p. 280.

⁴ Manuel Acuña, “Ante un cadáver”, *Poesías de Manuel Acuña*, 1890, París, Librería de Garnier Hermanos, p. 131.

² Ignacio Ramírez, “El año nuevo”, *Obras de Ignacio Ramírez*, 1889, México, t. I, Secretaría de Fomento, p. 36. Respetamos ortografía y puntuación del original.

NOTAS

de su quehacer vital y literario, un ensayo que, sin embargo, no pretende explorar el complejo edificio de sus opiniones políticas, ideológicas, literarias y filosóficas, sino que se concentra en algunos textos de índole privada y en postulados casi de propiedad común, que han sido analizados por la historiografía moderna. Daniel y Boris Rosen Jélomer editaron las *Obras completas de Ignacio Ramírez “El Nigromante”* en 1987. Remito a esta edición como base para un análisis más exhaustivo de las ideas provocadoras de uno de los escritores liberales mexicanos más radicales. De mi parte prefiero, para los propósitos de este ensayo, recurrir a la primera edición de las *Obras* del Nigromante, publicada en 1889, que refleja de manera más inmediata el carácter polémico de su pensar.

140

I.

El pensamiento de Ignacio Ramírez, en el contexto del México decimonónico, es radical, clarividente—profético en ocasiones—e incorruptible. Si también es liberal, es una cuestión discutible y bastante dudosa. En las escuelas, Ramírez se presenta, aunque a la sombra de figuras como Benito Juárez e Ignacio Manuel Altamirano, como pieza política central en medio de la formación dolorosa de

una nueva república. En un país de fervor católico, que se manifestó aún en 2012 incluso frente a un papa poco carismático, su ateísmo se acepta como curiosidad histórica, como excepción a la regla. Guillermo Prieto, amigo no siempre incondicional del Nigromante, le escribe en mayo de 1864, “bien sabes que no soy ateísta como tú”.⁵ Prieto parece disculparse ante la irrevocable radicalidad de Ramírez en asuntos religiosos. El liberalismo mexicano del siglo XIX se opone a las instituciones clericales, a la Iglesia como propietaria de tierras y de la educación nacional: no se opone a la fe, la creencia religiosa es asunto íntimo, fuera del alcance de instituciones e ideologías. El Nigromante es, en este sentido, efectivamente la excepción a la regla. Lo es, a pesar de que en 1871 afirme: “Un gobierno no puede ser ateo, como no puede ser cristiano ni judío; la religiosidad consiste en la creencia, que es puramente personal”.⁶ Ramírez no pretende imponer su ateísmo que sólo puede ser su “creencia” personal; sin embargo, sí pretende alejar la cuestión religiosa del gobierno y de cualquier asunto cívico. Ella no debe formar parte de la idiosincrasia na-

⁵ Ignacio Ramírez (El Nigromante), *Las Cartas Nigrománticas*, 2009, Culiacán, Creativos editorial, p. 15.

⁶ Ignacio Ramírez, “La enseñanza religiosa”, *Obras de Ignacio Ramírez*, 1889, México, t. II, Secretaría de Fomento, p. 202.

cional, como sí lo hace en los sistemas nacionalistas de Altamirano, Prieto, Justo Sierra, *et al.* Estos, Altamirano en primera fila, ni siquiera descartan el potencial social y político de la Iglesia para el futuro de México. Diez años después de la proclamación de las Leyes de Reforma, Altamirano publica *La navidad en las montañas*, novela que presenta a un cura español que realiza una utopía social y humanitaria en la provincia mexicana, un sacerdote que representa el verdadero cristianismo, sus valores de perdón, reconciliación y piedad que, según David A. Brading, lo convierten en el ideal liberal definitivo anhelado por Altamirano.⁷

Superada la intromisión francesa y el tragicómico imperio de Maximiliano de Habsburgo; superados sus propios rencores, que lo incitaban a exigir la pena de muerte para todos los traidores, colaboradores de los franceses; superada también la primera fase inestable de la república, Altamirano pretende equilibrar los contrastes, reunir amigos y enemigos, liberales y conservadores, seguidores y oponentes de Benito Juárez, para poder terminar el ambicioso proyecto de una nueva patria, una nación política y culturalmente bien definida. Ignacio Ramírez no

necesariamente se integra en este proyecto de su antiguo alumno en el Instituto Literario de Toluca. Demasiado radical y utópico resulta el pensamiento del Nigromante, un pensamiento que siempre se orienta hacia el futuro, que siempre es contestatario, que no acepta autoridad alguna, ni siquiera la que procura ordenar el caos. En 1868 escribe:

Todas esas autoridades, en lugar de bienes positivos, inventan palabras como *orden, legalidad, justicia, honor, patria y gloria*, alimentando así con fantasmas de pan y de habitación y de abrigo á la multitud, condenada pérfida é irrevocablemente á la miseria. Todas las teorías, todas las instituciones, todas las leyes del sistema administrativo no tienen sino un objeto visible; alucinar a los párias con poesía, consolarlos con el estoicismo, contenerlos y escarmentarlos con seguras *é inhumanas* penas.⁸

Todas las autoridades mienten, aunque lo hagan con propósitos nobles. Víctor Manuel Torres resume el credo político del Nigromante como estrictamente individualista: ante los derechos y libertades del individuo la autoridad debe ceder, pierde sus propios derechos y privi-

⁷ David A. Brading, "Liberal Patriotism and the Mexican Reforma", *Journal of Latin American Studies*, 1988, vol. 20, núm. 1, p. 46.

⁸ Ignacio Ramírez, "Principios sociales y principios administrativos", *Obras de Ignacio Ramírez*, 1889, México, t. II, Secretaría de Fomento, p. 6. Subrayado en el original.

NOTAS

legios. Los individuos (el pueblo) otorgan la autoridad y ésta siempre debe regresar al individuo. Si se separa de él, el individuo recurre a su obligación cívica más importante: la rebelión contra las autoridades.⁹ Torres rechaza interpretaciones que resaltan lo anárquico en esta idea; la lee por su parte como el principio básico de cualquier democracia; sin embargo, este credo político de Ramírez necesariamente entra en conflicto con programas que buscan establecer un *statu quo*, como sin duda pretende hacerlo el proyecto nacionalista de Altamirano. A pesar de lo postulado por Torres, entonces, el pensamiento político del Nigromante es anárquico, dado que opone las necesidades de una sociedad en perenne movimiento a los intentos estabilizadores de los fundadores de una nación, cuyo objetivo final consiste en la construcción de una imagen fija (aunque falsa) inscrita sobre todo en la producción cultural y artística de esta nación. En otras palabras: el pensamiento del Nigromante sigue siendo, a 194 años del nacimiento de Ignacio Ramírez, peligroso o, por lo menos, incómodo.

La rebelión y la desobediencia se ubican en el centro de sus actos y escritos; una actitud que lo acerca, de

manera curiosa y anacrónica, a lo postulado por Elias Canetti en su gran ensayo *Masa y poder* (1960). Canetti parte de un inviolable derecho a la vida cuyo oponente más peligroso es una autoridad que da órdenes para garantizar el *statu quo*. El Premio Nobel de 1981 simboliza las órdenes como agujones que se clavan en el individuo que las recibe; para limitar el daño y el dolor, éste arranca el agujón y trata de clavarlo en un prójimo. Así, se genera un círculo vicioso, una cadena ininterrumpida de mandatos que hiere letalmente a los individuos, a cuyo origen se encuentra —ella misma invulnerable e inmune ante las órdenes— la autoridad. Sólo hay un remedio: la desobediencia. Escribe Canetti:

Hay que tener el valor de enfrentarse [a la orden] y sacudir su reino. Hay que encontrar maneras y medidas para liberar la mayor parte del hombre de ella. No se le debe permitir que rasguñe más que la superficie de la piel. Sus agujones deben convertirse en lampazos que pueden quitarse con un movimiento leve.¹⁰

Propaga la anarquía, no la anarquía teorizada por pensadores rusos y franceses sino, sencillamente, la anarquía en su sentido original, que reporta Corominas: “sin jefe”, que de

⁹Víctor Manuel Torres, “El pensamiento político de Ignacio Ramírez”, *Historia Mexicana*, 1962, vol. 12, núm. 2, p. 216.

¹⁰Elias Canetti, *Masse und Macht*, 1960, Munich, Carl Hanser, p. 393. La traducción es mía.

su parte deriva de un verbo griego que expresa “yo mando, gobierno”. Este “yo gobierno” forma igualmente el núcleo del pensamiento cívico de Ignacio Ramírez: el individuo ante todo, el individuo en lucha perpetua con una autoridad que quiere imponerse, establecer la superioridad intelectual y política de sus opiniones e intereses en contra de los del individuo, que sólo le ha prestado temporalmente el poder. Repito: se trata de un pensamiento peligroso, sobre todo en sistemas democráticos, cuyos representantes políticos interpretan su papel de gobernantes como adquirido gracias a la superioridad de sus facultades personales o por un derecho cuasi divino. Dado que es peligroso, es necesario neutralizarlo.

La manera más eficiente de “quitar hierro” a un pensamiento consiste en su petrificación: el Nigromante no molesta si nos enfrentamos a él como estatua o nombre de una calle, si lo reducimos a un número calculable de dichos y citas bien encajonadas, si lo etiquetamos. Ignacio Ramírez, entonces, que solicitó su ingreso a la Academia de San Juan de Letrán con un discurso que dio inicio con las palabras “No hay Dios. Los seres de la naturaleza se sostienen por sí mismos”. Ignacio Ramírez, entonces, el primer verdadero socialista mexicano, como lo denomina Lóyzaga de la Cueva, ya que

había exigido, en 1857, el justo reparto de utilidades entre la clase mexicana asalariada.¹¹ Ignacio Ramírez, entonces, el “liberal entre los liberales de México del siglo XIX”,¹² como lo caracteriza, entre varios otros, Noé Murillo, en la revista *Academia, Ciencia y Cultura* de la Asociación Autónoma del Personal Académico de la UNAM, es decir, revista de una organización forzosamente autoritaria. Ignacio Ramírez, entonces, reducido a ser un artículo relativamente extenso de Wikipedia: fácilmente digerible, una lectura que no se resiste al lector ni requiere resistencia de parte del lector. Ignacio Ramírez, entonces, sentenciado a ser el Nigromante, pseudónimo taquillero, pero semánticamente inofensivo desde hace muchos años.

Sé que mi queja es vana y hasta cierto grado superflua, ya que el mecanismo descrito opera con todos los pensadores cuyas ideas hasta la

¹¹ Octavio Fabián Lóyzaga de la Cueva, “Reparto de utilidades, su naturaleza y formas de cómo los patrones eluden su cumplimiento”, *Alegatos*, núm. 76, septiembre-diciembre 2010, p. 819. Lóyzaga prefiere no tomar en cuenta posturas críticas del Nigromante ante el socialismo de su tiempo. Por ejemplo, en “Cómo se hace al pueblo soberano?”, texto de 1871, Ramírez admira a los comuneros parisinos, pero se opone a su socialismo, ya que éste le parece irreconciliable con el individualismo. Cfr. *Obras de Ignacio Ramírez*, 1889, México, t. II, Secretaría de Fomento, p. 539-45.

¹² Miguel J. Noé Murillo, “Memorias laicas prohibidas”, *Academia, Ciencia y Cultura*, 2011, vol. 3, núm. 3, p. 227.

NOTAS

144

fecha contienen un potencial revoltoso preocupante: las ideas se transforman en citas y referencias cultas, incluso en preguntas difíciles que hacen sudar a los candidatos en programas televisivos mediocres; el contenido de las ideas se vacía en receptáculos insignificantes; de la misma manera, las ideas de Canetti se han neutralizado, a más tardar a raíz del premio Nobel, en notas a pie de página que no agitan a nadie, excepto quizás la paciencia de editores y lectores. Lo específico del “caso” Ramírez reside en dos factores: el primero, más bien superficial y cómico, la densidad de la malla neutralizadora construida alrededor de su pensamiento; el segundo, más bien preocupante y trágico, la inadaptabilidad de sus ideas en época histórica alguna, su impracticabilidad intrínseca; se trata de ideas que se neutralizan desde su origen, dado que una serie de contradicciones las vuelve muy vulnerables e inestables en la práctica política y cultural, a pesar de que aciertan la mayoría de las veces.

II.

El primer factor se puede ilustrar fácilmente mediante el artículo sobre *el Nigromante* en Wikipedia, sin duda la fuente de información más consultada por preparatorianos y aun aca-

démicos que quieren saber algo sobre las ideas de Ramírez. El artículo ha sido modificado la última vez el 21 de marzo de 2012,¹³ muy posiblemente a raíz de la publicación de *La nueva República*, segundo libro de Emilio Arellano sobre su antepasado.¹⁴ Pocos meses antes, se había publicado el texto ya mencionado de Noé Murillo en *Academia, Ciencia y Cultura*. Su título: “Memorias laicas prohibidas”, extrañamente parecido al título del primer libro de Arellano sobre Ramírez. Wikipedia y Murillo usan por lo menos un párrafo idéntico que va de “La honradez de Ignacio Ramírez fue acrisolada...” hasta “...para pasar holgadamente el resto de sus días” (p. 226 en Murillo). Sin embargo, denunciar un plagio en este caso sería absurdo. ¿Quién copió a quién? Excluyo la posibilidad de que Arellano, sin duda el experto en la temática más honesto y meritorio, haya copiado; pero si Murillo dio *copy paste* al artículo de Wikipedia, o si el autor anónimo de la enciclopedia electrónica hizo lo mismo con el texto de Murillo, es irrelevante. Se manifiesta de manera clara el mecanismo de la neutralización: el pensamiento de Ramírez se reduce a pocos párrafos que subrayan, en primer lugar, su hones-

¹³ Escribo esto en octubre de 2013.

¹⁴ Se puede consultar una reseña publicada en *Milenio*, el 20 de marzo de 2012, p. 43, curiosamente un día antes de la modificación del artículo en Wikipedia.

tividad, su liberalismo radical y su ateísmo (perdonable en este contexto): nos hallamos ante una estatua, materia muerta.

Es mucho más complejo y trascendental el segundo factor mencionado; como cualquier pensamiento dinámico, siempre cambiante, el de Ramírez es contradictorio: no hay hilo conductor que permita resumir sus ideas; el que se intente genera precisamente su neutralización. No hay desarrollo orgánico en este pensamiento. Se trata mucho más de una construcción “rizomática”, para recurrir a uno de los términos de moda en la teoría literaria francesa: un pensamiento interrelacionado que se bifurca continuamente hacia rumbos no previsibles, que permite al receptor entrar en este edificio por cualquier puerta, aunque sea la más escondida. Cada nuevo acceso cambiará la construcción del edificio entero: pensamiento inefable y escurridizo, no muy apto para la práctica.

David A. Brading, en un artículo canónico de 1988, trató de analizar y, en lo posible, armonizar algunas de las contradicciones insertas en las propuestas, tesis, exigencias y acciones del Nigromante.¹⁵ El historiador inglés detecta una contradicción inicial en los pensadores y políticos liberales

del México de la segunda mitad del siglo XIX: los liberales quieren reducir los poderes del presidente; sin embargo, Benito Juárez logra obtener un poder político casi absoluto. ¿Por qué los liberales mexicanos aceptaron este desarrollo? ¿Por qué no hubo rebelión abierta contra el presidente desde muy temprano? Así pregunta Brading, y contesta casi inmediatamente: porque ni Ramírez ni Altamirano han sido liberales en un sentido clásico, sino mucho más republicanos convencidos de que el individuo se realiza luchando no por sus propios intereses, sino por los del Estado, si es necesario sacrificando su vida por el Estado, la República.¹⁶ Parece equivocarse el brillante investigador: como hemos constatado, el credo político de Ramírez se centra en la soberanía del individuo, que tiene el derecho, si no la obligación, de oponerse al Estado si éste, mediante sus autoridades, atenta contra sus intereses. No creo que este credo se pueda poner en tela de juicio: la contradicción –tanto la inherente al postulado de Brading, como la que parece inscribirse en las ideas de Ramírez– permanece. Sin embargo, es necesario y posible matizarla.

Como el mismo Brading afirma, tanto Ramírez como Altamirano se oponían a Juárez cuando las tendencias dictatoriales de éste se volvieron

¹⁵ Hay que agregar que el texto de Brading intenta, en primer lugar, analizar las contradicciones del liberalismo mexicano decimonónico en general.

¹⁶ Brading, *op. cit.*, p. 28 ss.

innegables. El Nigromante, como era de esperarse, se muestra más contundente al respecto que Altamirano. En *Las Cartas Nigrománticas*, remitidas a Guillermo Prieto (alias Fidel), se encuentra una afirmación tajante formulada en medio de la guerra contra los invasores franceses, es decir, años antes de que las tendencias absolutistas de Juárez se acentuaran: “por eso te espeto la nueva sin preámbulos ni exordios, y aquí la tienes: conspiro. // Sí, Fidel, conspiro con todas mis fuerzas. ¿Contra los franceses? No, hombre; conspiro contra don Benito, que se ha empeñado en salvarnos de la invasión y que se porta, por sí y por apoderado, con una poltronería que da grima”.¹⁷ Se trata de una conspiración no militar, sino diplomática: Ramírez sustituye a Jesús García Morales (hombre fiel a Juárez) por Antonio Rosales (su hombre de confianza) como gobernador de Sinaloa, en medio de los ataques franceses al puerto de Mazatlán. Conspiración poco eficiente, se podría argumentar cínicamente, dado que Rosales moriría menos de un año después en Álamos, Sonora. Conspiración muy significativa, no obstante, si vemos cómo Rosales ha sido introducido en las cartas del Nigromante. Vale la pena citar el pasaje extensamente:

Pero El Nigromante no descansa en su tarea de buscarle un caudillo a la

patria; debo de tener trasconejado, entre la escasísima sangre española que me tocó en suerte, alguna gotita de sangre vizcaína de la más concentrada y esa maldita gota me obliga a ser tan terco y tan posma como tú me conoces. Por eso he inventado un jefe que, o lleva nuestros ejércitos a la victoria, o me obliga a quitarme el nombre, el apellido y el remoquete. [...] Ya me figuro, estarás pensando que mi hombre es algún homúnculo que como Wagner en el poema de Goethe,¹⁸ acaba de salir de la retorta diciéndome: Quiero andar, quiero moverme. // No hay tal: el hombre estaba ya inventado; ya había nacido y yo no tengo más que presentártelo: se llama Antonio Rosales.¹⁹

Ignacio Ramírez describe a Rosales como “corajudo”: su valor bélico y cívico, la falta de miedo ante el enemigo, el desprecio ante la muerte que siempre amenaza, cierto rasgo picaresco y astuto de su carácter, un toque de Sancho Panza tanto en su físico como en sus actos, lo predeterminan a ser líder en tiempos de guerra.

¹⁸ Hago notar de paso que la referencia al *Fausto* de Goethe sorprende. Como mostró Udo Rukser en un estudio detallado, la recepción del clásico alemán en el mundo hispánico inició muy tarde, más tarde aún en América Latina que en España. En México, en buena medida es mérito de Altamirano y Justo Sierra presentar a Goethe, en las páginas de *El Renacimiento* (1869), a un público más amplio. Cfr. Udo Rukser, *Goethe en el mundo hispánico*, 1977, México, trad. Carlos Gerhard, FCE.

¹⁹ Ramírez, 2009, *op. cit.*, p. 7 ss.

¹⁷ Ramírez, 2009, *op. cit.*, p. 43.

Agrego: también en tiempos de paz, si tiene la suerte de sobrevivir la guerra.

Se nota claramente, en dos pasajes más de las *Cartas*, esta predilección de Ramírez por figuras populares (surgidos del pueblo y siempre en relación estrecha con él) que —así parece pensar ingenuamente— podrían asegurar el futuro espléndido del país; al mismo tiempo, su oposición a figuras que teorizan e intelectualizan en demasía los preceptos liberales y republicanos en medio de la guerra. El Nigromante admira a Porfirio Díaz; lo admira porque, cuando las circunstancias así lo requieren, no muestra ni piedad ni se retracta de decisiones incómodas tomadas. Irónicamente, Ramírez se incluye en este pasaje al grupo de los rebeldes vagamente románticos, los que permiten la influencia de sus sentimientos débiles: “Porfirio mandó fusilar a unos pocos insubordinados, y aunque le rogamos a favor de los reos algunos humanitaristas que hemos leído a Víctor Hugo, él se estuvo firme, y a nosotros nos mandó a paseo y a los rebeldes a la eternidad”.²⁰ Así lo formula el Nigromante y hace entender claramente que, a escala mayor, Porfirio Díaz podría ser el líder fuerte que la nación necesitaba y que Antonio Rosales representa a nivel local.

²⁰ Ramírez, 2009, *op. cit.*, p. 6.

Inicialmente, Ramírez incluye también a Ignacio Manuel Altamirano en este grupo; describe a su alumno como hombre inteligente y, sobre todo, valiente, que “se ha alistado en las filas y anda disparando tiros donde quiera que hay ocasión de enviarlos a un pecho francés o a un rostro tiznado de traidor”.²¹ Sin embargo, esta opinión favorable cambia cuando el Nigromante se enfrenta al orador y político Altamirano. Anota en carta a Prieto (y un dejo de amargura no puede negarse): “Nacho, que es grandilocuente y bien hablado como tú le conoces, me dijo con trágico ademán”.²² Altamirano deja a los compañeros que acaban de pasar por una situación peligrosa para dirigirse rumbo a la tribuna política, un acto que Ramírez ha de rechazar, aunque lo haga de manera sutil y entre líneas.

Los episodios descritos muestran inequívocamente la predilección de Ramírez por los líderes natos, predilección que entra en contradicción evidente con su rechazo de cualquier autoridad política o administrativa. Es cierto que estas afirmaciones se hicieron en medio de la guerra, en una situación extrema que requiere actos extremos; mas este argumento tiene poca validez si consideramos que los postulados del Nigromante suelen dirigirse hacia el futuro de la nación,

²¹ *Ibid.*, p. 47.

²² *Ibid.*, p. 57.

NOTAS

que raras veces piensa y actúa sólo en aras del presente inmediato. De este modo, es posible matizar los argumentos de Brading que habían formado el inicio de nuestras reflexiones: Ramírez se opone a Juárez no porque le parece demasiado autoritario, sino porque no puede ver en él al líder nato que sí representan Díaz y Rosales. Se trata de gobernantes que se abstienen de formular teorías políticas e ideológicas perecederas, sino que, sencillamente, actúan y nunca cuestionan sus actos; se trata, en otras palabras, de líderes mesiánicos y populistas.

En textos escritos hacia el final del gobierno juarista, el Nigromante no esconde su decepción frente a las tendencias dictatoriales del presidente. En 1871, apunta irónicamente que Don Benito “mata a todos sus enemigos, y de ese modo hace soberano al pueblo”.²³ El mismo año, en “Trabajos electorales”, Ignacio Ramírez se burla de Juárez y de su consejo de ministros. Los presenta como dependientes de los grandes comerciantes, corruptos y ajenos a los intereses del pueblo.²⁴ Juárez ya no es el

líder carismático que trabaja para el futuro de la nación, sino un político dedicado a resolver problemas nimios y preservar su poder.

La contradicción entre desconfianza en la autoridad y confianza en ciertos hombres fuertes (necesariamente autoritarios) no se resuelve de esta manera: al contrario, se resalta. No obstante, el recurso a las *Cartas Nigrománticas* nos permite agregar un elemento explicativo válido y hasta cierto grado ignorado por los exégetas del pensamiento de Ramírez: su carácter eminentemente romántico.

III.

Es inevitable, al inicio de este apartado, agregar otro elemento contradictorio: Ramírez se queja de su propio romanticismo ante el fusilamiento de unos reos; se burla de sí mismo por ser lector sentimental de Hugo. El antídoto lo ofrece Porfirio Díaz y su posición implacable ante lo necesario de este acto de guerra. La admiración del Nigromante frente a la actitud del militar es, no obstante, genuinamente romántica, refleja el culto al “gran hombre”.

En *La coronación del escritor 1750-1830*, Paul Bénichou describe el origen de este culto como pieza clave del romanticismo francés. La

²³ Ignacio Ramírez, “Cómo se hace al pueblo soberano?”, *Obras de Ignacio Ramírez*, t. II, 1889, México, Secretaría de Fomento, p. 539-45, aquí: p. 540.

²⁴ Ramírez, “Trabajos electorales”, *op. cit.*, p. 545-551. Se puede detectar otra coincidencia curiosa con las ideas de Elias Canetti quien interpreta el poder dictatorial como el deseo del tirano de ser el último sobreviviente en un mundo devastado.

ilustración, la revolución de 1789 y los años del gobierno napoleónico, según el crítico, se caracterizan por un vacío espiritual, en cuya raíz se encuentra el ateísmo de los revolucionarios más radicales; sin embargo, una vida sin asideros espirituales de ninguna índole es impensable. El culto al “gran hombre” sustituye, consecuentemente, la veneración de los santos cristianos; las grandes fiestas cívicas y patrióticas reemplazan la misa y los ritos religiosos. Napoleón, sin duda, puede aprovechar esta constelación: se corona a sí mismo, pero el pueblo francés no venera a un emperador, sino a un hombre cuyas cualidades carismáticas retoman las funciones con las que antaño habían cumplido santos y sacerdotes, que habían sido artículos de fe tranquilizadores. Después de la caída del imperio napoleónico, los filósofos, poetas y artistas se presentan como los nuevos grandes hombres, capaces de llenar el vacío espiritual. “Antigüedad, felicidad, pureza: todo eso es nosotros y algo más que nosotros, que habiendo sido nuestro, debe serlo todavía”.²⁵ Bénichou formula el anhelo existencial que subyace al culto profesado ante la aparición del “gran hombre”. Poetas y artistas románticos aceptan fácilmente el papel. La inspiración, base de la estética ro-

mántica, les otorga un derecho divino que los capacita para ser líderes populares: puede ser que el “vulgo” no entienda su arte, pero cualquiera sabe que hablan y actúan a través de una divinidad que la revolución sólo aparentemente había destituido: “El escritor inspirado reemplaza, como sucesor del sacerdote, al Filósofo de la época precedente”.²⁶ Las palabras de Victor Hugo y Lamartine, incluso las locuras del nada confiable Alfred de Musset, se convierten en artículos de fe porque provienen de seres inspirados. La religión y muy pronto hasta los dogmas cristianos recuperan, por medio del culto al “gran hombre”, sus derechos y vuelven a formar parte constituyente de la vida espiritual del pueblo francés.

Ignacio Ramírez, por otro lado, no es de manera exclusiva ni filósofo ni poeta inspirado ni artista, pero sabe mucho de todos esos quehaceres; es, en otras palabras, un intelectual orgánico educado en el romanticismo; un intelectual preocupado por el destino de su pueblo y de la humanidad en general. Esta preocupación justifica su propio anhelo por un hombre cuyos actos de liderazgo político deben ser artículos de fe incuestionables; un hombre que, hasta cuando se equivoca, opera con miras hacia el futuro, hacia el bienestar de su pueblo. No voy a discutir la inge-

²⁵ Paul Bénichou, *La coronación del escritor 1750-1830*, 1981, México, FCE, trad. Aurelio Garzón del Camino, p. 54.

²⁶ *Ibid.*, p. 254.

NOTAS

nuidad de esta posición, tampoco el riesgo que conlleva y que ha tenido como consecuencia una serie de líderes mesiánicos (equivale a tiránicos) en América Latina a lo largo de los siglos XIX y XX. Ingenuidad y riesgo son claros. Igualmente, sin embargo, es la fatal y existencial necesidad de esta postura en las circunstancias vitales del Nigromante.

Víctor Manuel Torres reproduce una cita de Ramírez que indica más bien un escepticismo profundo ante los grandes hombres: “Los partidos personistas –escribía en 1871– humillan al individuo y son la mayor injuria para el pueblo [...] Nosotros dejaríamos de ser demócratas si consintiéramos por un momento en la teoría de los hombres necesarios”.²⁷ Hombres necesarios, no hombres grandes. Ramírez se refiere a necesidad y grandeza auto proclamadas y fundadas en teorías y programas partidarios, no a la grandeza que había visto en los actos de Porfirio Díaz y Antonio Rosales durante la intervención francesa que, efectivamente, garantizaba un liderazgo basado en la inspiración romántica.

IV.

Una vez más, de manera paradójica y contradictoria, el culto profesado por el Nigromante trae consigo un

²⁷ Apud. Torres, *op. cit.*, p. 201.

conservadurismo marcado en asuntos culturales y literarios. El clasicismo que se basa en autoridades y postula su propia superioridad proveniente de la tradición, de un origen cuasi divino, es la corriente artística preferida de Ramírez. David A. Brading sabe que rechaza tajantemente arte y literatura coloniales, a Sor Juana Inés de la Cruz sobre todo.²⁸ El rechazo sólo en segundo lugar tiene que ver con la naturaleza de la literatura colonial como supuesto subproducto de la literatura del antiguo amo, España. En primer lugar, se relaciona con el carácter innovador y sumamente intelectual del arte de Sor Juana o Sigüenza y Góngora; innovación y hallazgos intelectuales se logran por derecho propio, no por el cuasi divino. Por ende, Sor Juana y el arte colonial no pueden reclamar un liderazgo cultural natural en la nueva cultura mexicana, como sí pueden hacerlo los poetas neoclasicistas españoles y portugueses, los románticos franceses y alemanes, es decir, los dos polos opuestos: artistas inspirados y artistas anclados en la autoridad sempiterna de la tradición.²⁹

²⁸ Brading, *op. cit.*, p. 36.

²⁹ La misma postura se nota incluso en un tema marginal tratado por el Nigromante: la lingüística. “Estudios sobre literatura” se llama el único artículo que Ramírez publica (en tres partes) en *El Renacimiento*, la ambiciosa revista de su alumno Altamirano. Literatura, para el Nigromante, es lenguaje. El texto busca, por ende, establecer las

A final de cuentas, el anti-autoritarismo radical de Ramírez en cuestiones políticas lo guía, por caminos laberínticos, hacia una creencia firme en la autoridad cuando de temas culturales y ontológicos se trata. Su ateísmo sin compromiso lo lleva hacia opiniones francamente religiosas—casi místicas—cuando pretende evaluar y propagar las cualidades de un líder político a la altura de los problemas de una nación en ciernes. Se trata de contradicciones, no cabe duda. Pero también se trata de las consecuencias inevitables de un pensamiento siempre en movimiento y anclado en una época que se caracteriza por cambios filosóficos, políticos e ideológicos que se precipitan uno tras otro.

V.

Quiero hablar de otro aspecto del romanticismo de Ignacio Ramírez al fi-

bases de un discurso exacto sobre la naturaleza del lenguaje. Hay, en este contexto, intuiciones sorprendentes que prefiguran los hallazgos de la lingüística moderna, por ejemplo, la idea del lenguaje como sistema, formulada a comienzos del siglo XX por los estructuralistas de la escuela de Praga. Sin embargo, el meollo de las ideas de Ramírez lo forma de nuevo el arraigo del lenguaje en una tradición milenaria, que le otorga un poder incuestionable, es decir, una capacidad de guiar por dones naturales a sus súbditos, a los usuarios del lenguaje. *Cfr.*: “Estudios sobre literatura”, *El Renacimiento* (1869), 1993, México, UNAM, edición facsimilar, pp. 56-8; 110-3; 205-7.

nal de este ensayo. La política, la formación de una patria nueva y un sentido innato por la justicia social constituyen, sin duda, el objetivo principal de la vida del Nigromante. A pesar de ello—¿o a causa de ello?—se trata de una vida romántica: está en juego el ser completo de un hombre. Este ser se manifiesta también por medio de sentimientos, dudas y miedos; sus amores y odios, sus fracasos y logros. *Las Cartas Nigrománticas* nos permiten ver a este ser completo. Su inicio es marcadamente poético; se inscribe en la tradición del Quijote, de los viajeros románticos, de los diaristas íntimos; finalmente, en la de una novela de educación, sin que el Nigromante renuncie a un tono humorístico y paródico: “Y así, caballero en mi matalón, salí del Distrito Federal decidido a defender la patria. Mis aventuras, mis penas, las gentes con quien me encontré y los riesgos que corrí, materia será de otra carta que no tardará en escribirte tu amigo”.³⁰

En medio de la guerra, de muerte y sufrimiento, el Nigromante no olvida comunicar sus amoríos al amigo Prieto.³¹ La cuarta carta describe el

³⁰ Ramírez, 2009, *op. cit.*, p. 4.

³¹ De manera mucho más consecuente, esta paradoja se usa en *Rosas caídas*, las memorias de Manuel M. Flores. Casi coetáneo de Ramírez y compañero político suyo, combatiente en la Guerra de Reforma y prisionero durante la intervención francesa, Flores sólo parece acordarse de sus nu-

NOTAS

ataque de un buque francés. Pero a pesar de los disparos y cañonazos, Ramírez de pronto se deja distraer por unas piernas femeninas y agrega un elogio general de las bellezas de Mazatlán: “¡ay, qué piernas, como las que sólo se ven en este Mazatlán de mis culpas!”.³²

Las *Cartas* cierran con un episodio pastoril. En Guaymas, y lejos de la escena bélica, escribe a Prieto: “Viejo muy querido: basta ya de hazañas épicas (no hípicas como las de ustedes); ya no quiero diferirte triunfos, vergüenzas, rasgos de valor, desfallecimientos y cobardías; todo eso está de más, ya que poco se consigue con ello”.³³ Sigue la narración de un amor naciente, de una muchacha bella y enigmática, inalcanzable a primera vista, pero una posible novia

a segunda: “Yo voy a ver si le quiebro el ojo al diablo y si dedicándome a amar a tan bella criatura, consigo que ella me quiera un poco. // Esas esperanzas sostienen a tu amigo”.³⁴ La última frase de la correspondencia apunta hacia una vida más allá de las grandes preocupaciones, más allá, también, del peso de las obligaciones y de la racionalidad; apunta hacia una existencia quizás más peligrosa aún, pero sin la que la primera vida no sería vivible: la existencia de las pasiones y de la irracionalidad, del amor alocado y cercano a la muerte que tan brillantemente ha descrito Georges Bataille en *El erotismo*. Una vida que, finalmente, armoniza todas las contradicciones inherentes en los actos y pensamientos de los seres humanos. Y humano, demasiado humano, ha sido Ignacio Ramírez.

merosas amantes en Puebla y otras ciudades de la República. La esfera privada y pasional, el mundo irracional del erotismo, es idéntica o la esfera política y racional, y posiblemente genera la actuación cívica apasionada del poeta romántico. *Cfr.* Manuel M. Flores, *Rosas caídas*, 1999, México, Factoria Ediciones.

³² Ramírez, 2009, *op. cit.*, p. 29.

³³ *Ibid.*, p. 65.

³⁴ *Ibid.*, p. 70.